

CAPITULO CCXXXV.

Toma incremento la guerra.—D. Tomas Zumalacáregui.—Caída del ministerio Zea Bermúdez.—Nuevo ministerio.—Medidas tomadas por éste.—El Estatuto Real.

PLENOS de entusiasmo y decisión marchaban los soldados que iban á emprender la expedición de la ribera, bajo el mando de un militar tan entendido como Zumalacáregui.

Este, que había comprendido también la necesidad de ella, esperaba alcanzar un gran resultado de su operación.

Sin embargo, en Miranda de Arga recibió un oficio de la Diputación de Vizcaya, pidiéndole auxilios para salvar á Bilbao, y sin titubear, aunque conociendo el disgusto que había de causar á su gente, resolvió acudir al socorro demandado.

Sus palabras despertaron en los suyos ardoroso entusiasmo; por Villatuerta llegaron á Alsasua; pero allí se les presentaron en lastimoso estado los fugitivos de Vitoria, al tiempo que Zabala y Uranga aparecían fugitivos en los montes de San Adrian, difundiendo la consternación por todo el país.

Inminente era el peligro; pero en aquel supremo instante, firme y sereno Zumalacáregui cuando todos vacilaban, reanimó el espíritu de los suyos; organizó los batallones, é investido del mando en jefe por la Junta de Navarra, á la que en 7 de diciembre se habían unido las Diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa, viéronse como por ensalmo militarmente organizadas las que ántes eran masas informes de paisanos sin disciplina ni orden y convenientemente preparadas para resistir á sus contrarios.

D. Bruno Villareal, Lardizabal, Alzáa, todos llevaron nuevos soldados á Zumalacáregui; Valdospina, Herastegui, Zabala, La Torre, Uranga y otros que por su influencia en el país y su primacía en la insurrección pudieran haberle disputado el mando, se gloriaran de recibir sus instrucciones; en todos se despertó noble emulación, y la juventud corrió á las armas al grito de «Viva Carlos V, la religión y los fueros.»

Se acercaba la hora, como dice un escritor moderno, de trabar en España la gran batalla europea iniciada en la revolución de Francia, y que no ha disparado todavía el último cañonazo.

Efectivamente, tiempo tendremos todavía de ver que se han disparado posteriormente muchos cañonazos por la misma causa sin que podamos decir que se ha pronunciado, respecto á ella, la última palabra.

Con hábiles y estratégicas maniobras entretuvo y cansó al general D. Pedro Sarsfield, que de Pamplona había salido en su busca, regresando por último á su puesto de partida despues de confiar el mando á Lorenzo. Este unióse á la expedición que el Capitan general de Aragon, conde de Ezpeleta, había enviado á Navarra á las órdenes de D. Marcelino Oráa, gran conocedor del país; dedicóse con ahínco á la persecución del enemigo; supo tal decisión Zumalacáregui y resolvió esperarles en las fuertes posiciones de Nazar y Asarta. Aquella era la primera ocasión en que las huestes de D. Carlos, ordenadas y regimentadas, se presentaban á formar en batalla; aproximadamente contaría cada ejército con seis mil hombres, con igual bizarria y denuedo, pero al fin quedó el campo por los isabelinos, y Zumalacáregui se hubo de resignar á retirarse dirigiéndose á la Amézcoa.

El Gobierno de Madrid veíase forzado á sostener en la política la misma lucha encendida en los campos de Navarra.

El partido liberal no quería detenerse en la marcha que había emprendido, ansiando establecer cuanto ántes sus ideales revolucionarios. Renacieron las sociedades secretas y áun creóse alguna nueva, y todas sin excepción declararon guerra al Gabinete y muy especialmente á los ministros Zea y Cruz; éste no tardó en ser reemplazado por D. Antonio Zarco del Valle; Martínez, el ministro de Hacienda, cayó también, encargándose interinamente de aquella cartera el secretario de Fomento.

Esto no fué bastante á calmar las pasiones; pues lo que se deseaba era la caída del sistema que personificaba Zea, y á fin de conseguirlo se redoblaban los ataques.

A la cabeza de los liberales figuraban la infanta D.ª Luisa Carlota, su esposo y otros distinguidos é importantes personajes, lo cual daba una gran fuerza á este partido.

Quesada, Capitan general de Castilla la Vieja, manifestóse decididamente hostil al Gabinete, y Llauder en Cataluña fulminó contra el Gobierno los más severos cargos; la iniciativa en política de los jefes militares fué el golpe de gracia descargado al ministro Zea, el cual, convencido de cuán imposible era sostenerse por más tiempo en el puesto que ocupaba, presentó su dimisión, contentándose con que S. M., al relevarle de su alto cargo, dijera quedar muy satisfecha de sus méritos, lealtad y buenos servicios que le había prestado.

«Días fueron aquellos, dice un escritor contemporáneo aludiendo á los anteriores á la caída del Ministerio, de confusión y de indisciplina.»

La actitud hostil en que se habían colocado los jefes militares, no podía ménos de producir el vacío, si así nos podemos expresar, al rededor del Gobierno.

Los adversarios, de opuestas ideas, pero todos irritados y todos trabajando para un fin comun, alcanzaron finalmente el objeto que se proponían.

El Gobierno había dirigido á todas partes sus miradas buscando

un punto de apoyo en que sostenerse; pero todo le faltaba, con nada podía contar, y hasta el mismo consejo de regencia, volviéndole la espalda, acabó de quitarle toda esperanza.

Todavía trató, sin embargo, de sostenerse. Aun quiso, con un acto de energía, recobrar una parte del terreno perdido.

Pero inútilmente. Cuando un gobierno se ve tan rudamente combatido, cuando todos los elementos de apoyo con que puede y debe contar le faltan, difícil, muy difícilmente puede sostenerse.

Lo único que puede hacer, es evitar que su caída sea más desastrosa, pero siempre la caída es inevitable, y así ocurrió con el que nos ocupa.

Sucedió al ministro Zea, D. Francisco Martínez de la Rosa, don Nicolas María Gareli, D. José Aranalde, D. José Vázquez Figueroa y D. José de Imaz.

Martínez de la Rosa proponíase entrar de lleno en el camino de las reformas imaginándose poder salvar el abismo de las revoluciones. A poco de la elevación del nuevo ministerio, origináronse alborotos en diferentes ciudades: los liberales de Sevilla y Barcelona lanzáronse á la calle pidiendo nuevas reformas; en cambio, en Salamanca algunos frailes dieron el grito de «Viva Carlos V,» y Madrid fué también teatro de sucesos bastante desagradables, de los cuales resultaron algunas víctimas, el descrédito del naciente Gobierno, el encarnizamiento de la guerra y la zozobra en todos los ánimos.

El Gabinete nombró una Junta para la redacción de un nuevo código civil; amplió la amnistía, comprendiendo en ella á todos los exceptuados en las anteriores; asimismo ordenó devolver á los exdiputados los bienes que se les secuestraran.

También dictó varias disposiciones contra los conventos, de los cuales marchaban frailes á las filas carlistas, y la medida más importante adoptada por aquel entonces, fué la creación de la milicia urbana; pues en ella, á la par que se accedía á los clamores de que incesantemente se agitaban pidiendo armas para defender la causa de la libertad, evitábase al propio tiempo la intervención del pueblo bajo que militaba en las filas del bando exaltado en varias ciudades, y la causa del realismo en las poblaciones rurales, cosa que pensaba alcanzarse disponiendo que no se crease la nueva fuerza sino en los pueblos que pasasen de trescientos vecinos, con una plaza para cada cien almas.

Tal reglamento fué rudamente combatido desde su aparición y calificado de absurdo y ridiculo por la prensa; y por lo tanto, el Gabinete tuvo que ceder á la presión que sobre él se ejercía, alterando las bases del decreto, y tal amplitud les dieron, que no se tardó mucho tiempo sin que se contasen más de doscientos mil individuos alistados, de los cuales, al pronto escasamente pudieron armarse una tercera parte, y aquella milicia, bisona en un principio, no tardó en convertirse en fuerza respetabilísima; y bien puede decirse que ella fué el verdadero sosten del trono de D.ª Isabel II.

El famoso *Estatuto Real*, obra del ministerio Martínez de la Rosa, y en cuya confección hubíase pasado algunos meses, era el código que había de sustituir al anterior, y precedido de un preámbulo bajo la forma de una exposición á Su Majestad, manifestábase que, en la imposibilidad de encontrar en las antiguas Cortes un modelo al cual poderse ceñir con entera seguridad, habíase tenido que adoptar uno que respondiera en cuanto fuera posible al pensamiento general que en todas ellas había dominado.

Segun esta nueva Constitución, que representaba una nueva transacción entre el derecho político antiguo y el nuevo derecho creado por el primer código político de 1812, las Cortes se dividían en dos cuerpos denominados Estamentos, compuestos de próceres y de procuradores.

Los primeros eran los prelados, grandes de España y títulos de Castilla, propietarios, fabricantes, comerciantes y literatos, y si bien los primeros únicamente por su dignidad tenían derecho á pertenecer á este cuerpo, los demas, entre otros requisitos, necesitaban disfrutar de una renta determinada, siendo su número ilimitado.

Las personas que habían de componer el Estamento de procuradores habían de ser nombradas con arreglo á la ley electoral, tener treinta años de edad, disfrutar renta de doce mil reales y ser hijos ó propietarios en la provincia que habían de representar. La formación de leyes debía ser obra de ambos Estamentos y aprobadas por ellos.

Como complemento de la nueva Constitución, un mes ántes habíase creado el Consejo real de España é Indias, suprimiendo todos los antiguos.

El Ministerio creyó, sin duda, que con este nuevo código podría enfrenar ambiciones y satisfacer todas las aspiraciones, y sin embargo, nada más lejos que esto.

Cada fracción política, de las en que por desgracia se hallaba ya dividida la nación, hacía comentarios respecto á él, y si unas lo encontraban regular, otras le hallaban defectuoso, y objeto fué de severa crítica por parte de los más exaltados.



J. SERPA, LP.

LIP. VIDAL, ST. PABLO, 73.

SORPRESA DE ZUBIRI Y URDANIZ

CAPITULO CCXXVI.

Entra Rodil en Portugal.—Incendio y saqueo de los conventos.—Negociaciones entabladas con Zumalacárregui.—Rodil toma el mando del ejército.—Prosigue la guerra con encarnizamiento.

Con el objeto de concluir la guerra, el nuevo Ministerio ajustó el tratado que se denominó de la cuádruple alianza entre España, Inglaterra, Francia y Portugal, á fin de que los dos Gabinetes de San James y las Tullerías impidieran el triunfo de D. Miguel en Portugal y de D. Carlos en España, comprometiéndose ésta á introducir en Portugal las tropas españolas que fueren necesarias para arrojar de aquel reino á los infantes jefes del absolutismo, y el Regente portugués, á su vez, se obligaba á hacer se retirase de sus dominios á D. Carlos.

D. Juan Ramon Rodil, jefe del ejército acantonado en Extremadura, recibió el día 6 de abril de 1834 la orden para invadir Portugal, y al frente de diez mil hombres entró inmediatamente en aquel reino.

El infante D. Carlos pudo salvarse del riesgo que corrió á la aproximación de los españoles, pudiéndose refugiar en Evora, donde se hallaba el infante D. Miguel, cuya causa se hallaba en tan mal estado, que en 26 de mayo firmó el tratado de Evora Monte, en virtud del cual renunciaba al trono, siendo de deplorar que en aquellas circunstancias, por la falta de un representante acreditado en Evora, se perdiese la oportunidad de haberse apoderado del infante D. Carlos. Este se embarcó en el navío inglés Donegal, desembarcando ocho días despues.

En el mes de julio, y con motivo de la mortandad ocasionada por el cólera, produjose en Madrid horrible tumulto, y propalándose las voces de que los frailes envenenaban las fuentes, invadió la multitud desenfundada los conventos, entregándose al asesinato y al pillaje de un modo tan horrible, que la pluma se resiste á describirlo.

El 24 de julio inauguráronse en el palacio del Buen Retiro las sesiones de Cortes, siendo jurado por Su Majestad y por todos los altos dignatarios del Estado el nuevo Código.

Barómetro excelente la exageracion de ideas y la violencia de medidas del partido liberal para conocer hasta qué punto estaban exaltadas ó adormecidas las pasiones, y los pasos de adelanto ó de retroceso que había dado en las provincias la causa de D. Carlos, también en ahora al volver los ojos al teatro de la guerra vemos la fidelidad con que dichos actos han ido señalándonos el mayor auge de la lucha.

En los primeros días de este año fraccionó el general Valdés su ejército en cuatro divisiones, formando un total de unos doce mil hombres; la primera se confirió al brigadier D. Baldomero Espartero, nombrado por entonces comandante general de Vizcaya; la segunda al comandante general de Alava; la tercera al comandante general de Guipúzcoa, D. Fernando Butron, y la cuarta, destinada á operar en Navarra, al general Lorenzo.

Zumalacárregui, á quien dejamos retirado en la Amezcoa, dió principio á las operaciones, corriéndose á los valles de Ayezcoa, Salazar y Roncal, cuyos moradores depusieron á su presencia las armas que empuñaran en defensa de D.^a Isabel II.

Desde allí se trasladó el jefe carlista á Lumbier, donde concentró todas las fuerzas navarras, y burlando con hábil extrategia las combinaciones de Lorenzo y Oráa, limpió la Ayezcoa de fuerzas enemigas, y se apoderó de la fábrica real de Orbacea y de gran cantidad de pertrechos en ella almacenados.

La llegada de Valdés desde Vizcaya á Navarra, alarmado por tales novedades, fué causa de que se empeñara una batalla al frente de Huesca, el 3 de febrero, la cual despues de un día de fuego terminó con la retirada de Zumalacárregui, persiguiéndole el vencedor, aunque con escasa ventaja, y en breve, fatigado, hubo de regresar á Pamplona y luego á Vizcaya, acudiendo al auxilio que le pidiera Espartero para salir de la comprometida situacion en que se encontraba en Güernica, atacado por Zabala, Latorre y otros caudillos enemigos.

La sorpresa de Zubiri y Urdaniz, donde acampaba Oráa, aumentó sobremanera el prestigio de Zumalacárregui, y era evidente, al ver que las bandas desorganizadas se transformaban en batallones y las partidas en columnas, al considerar que la lucha ensanchaba su campo, á pesar de los esfuerzos que se hacían para estrecharlo, que la guerra iba á cambiar de aspecto y á tomar pronto colosales proporciones en las Provincias Vascongadas y Navarra, no obstante que la Diputacion de este último reino había jurado á Isabel II, y por medio de Valdés había solicitado de la Reina gobernadora la convocacion de Cortes.

Por esta vez los navarros desoyeron la voz de la autoridad, que hasta entonces fuera omnimoda entre ellos, y corrieron á alistarse en las filas de Zumalacárregui, quien expidió una especie de decreto, declarando á los individuos de la Diputacion reos de lesa majestad.

En remplazo de Valdés fué nombrado Quesada, el cual prosiguió las negociaciones que había comenzado con Zumalacárregui, negociaciones que no dieron resultado alguno.

La horrible ley de represalias comenzó á ponerse en práctica, y finalmente Quesada hubo de ceder el puesto á Rodil, que con el aparato victorioso de Portugal, trasladóse inmediatamente á las Provincias.

Sin embargo, no consiguió gran cosa la causa liberal con esto, pues la verdad era que las fuerzas carlistas seguían aumentando, y Zumalacárregui infundiéndoles mayor aliento con su excelente organizacion y sus atrevidas operaciones, habíase hecho ya enemigo tan formidable, que había de costar sumo trabajo vencerle, segun ya se estaba experimentando.

En el mes de julio de 1834 D. Carlos se fugó de Inglaterra, atravesó rápidamente la Francia y llegó á Navarra, produciéndose con su presencia doble entusiasmo entre sus partidarios.

Zumalacárregui, más amante de las campañas y militar desasosiego que de la vida cortesana, no tardó en separarse de D. Carlos, quien quedó bajo la escolta de Eras, y se corrió desde la sierra de Andía á los puertos de Baciacoa y Lizárraga para observar á Rodil, que comenzaba á mover sus divisiones y á alzar trincheras en Echarri-Aranaz, en Irarzun y en Alsásua, puntos que entraban en el plan de líneas del nuevo general.

Para interrumpir aquellos trabajos, empeñaron los carlistas un combate de escasa importancia en los puertos de Olazagoitia y Ciordia, y Rodil pudo seguir su marcha á Salvatierra el 26 de julio, si bien observado siempre y hostigado por las guerrillas enemigas que, cual sombras, aparecían y desaparecían.

Desesperado por semejante táctica y decidido á pelear á toda costa, extendió sus tropas en una línea para hacer una verdadera batida en el terreno ocupado por Zumalacárregui, y al efecto incorporó á sus divisiones las de Lorenzo y Espartero.

Descansando estaban sus soldados en el valle de la Amezcoa Baja, el día 31 de julio, cuando de improviso se vieron atacados por las fuerzas enemigas; rehechos á poco de su sorpresa, empeñose reñido combate, que terminó retirándose Zumalacárregui á lo alto del puerto de Artaza, y de allí al de Portuchá, dejando duenos del campo á los cristinos.

Esto no obstante, Zumalacárregui contó esta accion entre sus victorias por haber adquirido el convencimiento de que con menores fuerzas podía luchar con las de la Reina.

Rodil, en cambio, miró desvanecidas sus ilusiones: no creía en su enemigo tanta osadía ni tanto valor, y cuando vió á Zumalacárregui, á quien iba persiguiendo, contramarchar á las Amezcuas, conoció lo que era aquella guerra, y frustrados sus anteriores planes y convencido de la dificultad de destruir á Zumalacárregui, creyó que más fácil y más importante sería sin duda alguna apoderarse de D. Carlos.

Para realizar este plan, destinó una parte de su ejército á proteger y activar las fortificaciones, y mientras otros, con seis mil hombres, recibían el encargo de ir en busca del caudillo carlista, Rodil, con las restantes fuerzas salió de Muez el 5 de agosto para Vizcaya, donde se hallaba ya D. Carlos entusiasmado con su presencia á las poblaciones.

Con gran ardor emprendió la persecucion de que se prometía tan felices resultados; pero en marchas, contramarchas y correrías, en las que ocupaba muchas veces por la noche el alojamiento que sirviera al infante aquella misma mañana, pasó días y días sin más resultados que estropear al soldado y gastar el entusiasmo con inútiles privaciones.

Lo propio había sucedido á la division que perseguía á Zumalacárregui: á los obstáculos que oponía el terreno quebrado y frágil, se unía el acertado sistema de los carlistas, que divididos y subdivididos, se reunían únicamente para dar algun golpe atrevido, y mientras Zumalacárregui, que por lo general llevaba siempre consigo toda su hueste, tenía entretenidas respetables fuerzas liberales en las Amezcuas, Zabala, Latorre, Valdespina, Luqui, Cástor, Aguirre y Arana, comunicándose y dándose la mano recíprocamente, hacían sorpresas y osadas excursiones, algunas hasta la Llévana, que exigían la presencia de respetables columnas.

Agréguese á esto que los soldados carlistas eran todos entusiastas voluntarios, que peleaban en su tierra y casi á la vista de sus propios hogares, no necesitando, por lo tanto, ni de hospitales ni de equipajes, y podrá formarse idea de las dificultades y trabajos que para los jefes liberales ofrecía la campaña.

Mientras en el campo cristino formábanse planes que no daban resultados satisfactorios, Zumalacárregui, por medio de atrevidos movimientos, asentaba más sólidamente su fama constituyendo un verdadero peligro para el Gobierno.

La sorpresa de la division de Figueras en Eraul, y la del baron de Carandolet en las Peñas de San Fausto y en los campos de Viana acabaron de aumentar su importancia.

Y no se crea por esto que permanecían ociosos entre tanto los demas jefes carlistas.

Por el contrario, la insurreccion cundía por todas partes, y Guibelalde, Zabala, Valdespina, Sopolana y otros mantenían en jaque á las tropas de la Reina.

En vano Rodil había intentado hacer algo para terminar aquella situacion difícil; el Gobierno se vió obligado á llamar del destierro á D. Francisco Espoz y Mina, confiándole el mando de Navarra, y al mariscal de campo D. Joaquin de Osuna el de las Vascongadas.



FUSILAMIENTO DE LA MADRE DE CABRERA.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.